

## I. EL RETORNO DE UN CASO OLVIDADO

En los últimos años me ha interesado cada vez más estudiar la «inteligencia social», es decir, los fenómenos que surgen de la interacción entre inteligencias individuales, y que pueden ser emergentes o submergentes, producir formas de convivencia nobles o encanalladas, claras o confusas, ascendentes o degradantes. Y esto ocurre a todos los niveles de convivencia —en las parejas, las empresas, o las naciones—, lo que me lleva del entusiasmo a la angustia, en una suerte de ciclotimia filosófica, ya que la inteligencia social me parece simultáneamente la gran esperanza de la humanidad y el gran peligro de la humanidad.<sup>12</sup> Ella se encarga de elaborar las normas morales, los códigos jurídicos y las vigencias culturales, y, por ello, la calidad de nuestra vida depende de la calidad de esa inteligencia. Tal vez les extrañe que apele a una inteligencia social en vez de confiar en la inteligencia individual, pero lo hago por buenas razones. La inteligencia aislada no basta para acceder al campo de los valores comunitarios, es decir, para crear formas de vida que se puedan compartir. Como señaló Antonio Machado, en la soledad se ven cosas muy claras que no son verdad. La racionalidad individual puede justi-

ficar perfectamente el egoísmo más desmesurado. Ya decía el perspicaz Hume que era absolutamente racional que me importara más el dolor de una muela que el bienestar de la humanidad. Es verdad que algunas personalidades descomunales –como Moisés, Buda, Jesús de Nazaret o Mahoma– han provocado verdaderos terremotos culturales, pero ha sido gracias a su capacidad para cambiar el modo de pensar de grandes comunidades, que con minuciosidad de tejedores constantes ampliaron, enriquecieron o malversaron su huella. Así pues, a pesar de estas excepciones magníficas, podemos decir que las normas justas proceden de la racionalidad social, mancomunada, compartida, que autocorriga los egoísmos, que busca evidencias comunes, que amplía las imágenes privadas del mundo, y corrobora sus logros por la experiencia. Y que es de la irracionalidad social de donde proceden los movimientos destructivos, porque, prolongando la afirmación de Machado, «también en comunidad puedo ver cosas muy claras que no son verdad». Puede haber unanimidades perversas.

A esta digresión biográfica añadiré otra bibliográfica. Friedrich Hayek, un filósofo que ganó el Premio Nobel de Economía, sostuvo, en la línea de Mandeville y Adam Smith, que la razón compartida, en su evolución espontánea, es más poderosa que la razón individual. Era demasiado confiado y no se le ocurrió pensar que también podía ser más destructiva.<sup>13</sup> Otro filósofo, Daniel Dennett, señala que no se puede confiar en una «racionalidad del grupo», añadiendo algo muy interesante para mi planteamiento: «La racionalidad del grupo, o cooperación, ha de ser alcanzada, y ésta es una gran tarea de diseño.»<sup>14</sup> O, para ser más exactos, de educación. Ortega, que también hablaba de la evolución espontánea de la sociedad, como Hayek, creía sin embargo que esa función educativa debía

ser llevada a cabo por una minoría y que «la acción recíproca entre masa y minoría selecta es, a mi juicio, el hecho básico de toda sociedad y el agente de su evolución hacia el bien como hacia el mal». <sup>15</sup> Para él, la masificación era la gran amenaza.

La inteligencia social de la que dependemos todos depende a su vez de dos factores: la calidad de las personas que intervienen y la calidad de las interacciones que se dan entre ellas. Un ejemplo nos lo hará ver con claridad. La democracia es un sistema para institucionalizar la inteligencia social, el mejor que se nos ha ocurrido hasta ahora, pero cuya eficacia depende de las virtudes cívicas de los participantes y del modo en que las ejerzan. Una ciudadanía dividida por el odio —da igual el que sea: de clase, raza, religión, cultura—, incapaz de encontrar un lenguaje común con el que hablar sobre las diferencias o una ciudadanía desidiosa o dogmática que se niega a analizar críticamente los sucesos, puede deteriorar tanto un sistema democrático que acabe por aniquilarlo. (Al revisar el libro antes de enviarlo a la imprenta, compruebo que ésta es una de las historias que hemos contado: el odio social como culminación de la estupidez.)

La inteligencia social —al igual que la inteligencia individual— triunfa o fracasa. Vivimos por ello en permanente situación de riesgo. Descubrir los mecanismos de esos fracasos y la manera de evitarlos me parece la más urgente tarea del pensamiento político, filosófico y ético. La única que se puede hacer después de Auschwitz, Camboya, Vietnam, Ruanda, la ex Yugoslavia, y otras monstruosidades históricas. O de la guerra civil española y sus secuelas, sin ir más lejos. Ya no estoy hablando de ciencia. Estoy hablando de supervivencia, porque cada vez que la inteligencia social fracasa, aparece el horror. De repente, una

sociedad puede sufrir un colapso ético, y sus sistemas de convivencia se desploman. La historia nos proporciona frecuentes y terribles ejemplos. Éste es el asunto que estudio con creciente inquietud, y con la megalómana pretensión de encontrar un antídoto. Pero, antes de atreverme a hacer una teoría sobre un tema tan complejo, me parece imprescindible estudiar diferentes casos reales, y a eso he dedicado mis últimos libros.<sup>16</sup> Compruebo una y otra vez que hay un progreso ético de la humanidad, pero que es angustiosamente precario. Las ideas justas se van imponiendo, a pesar de los obstáculos y los intereses opuestos, como si la teleología de la inteligencia social acabara, tras múltiples rodeos, por someterse a la *satyagraha*, al poder de la verdad y de la bondad, según decía Gandhi. Pero nada nos garantiza que eso vaya a suceder siempre. ¿Qué ocurriría si la inteligencia social se encanallase definitivamente, si perdiera su sensibilidad moral, su espíritu de progreso y de compasión? Mi interés por la educación deriva de esta interrogante. Es absolutamente necesario proteger la inteligencia social, tan vulnerable, tan voluble, tan definitiva. Por eso, ya no pido a mis lectores que piensen sólo, les pido que actúen.

Tenemos que aprender de la historia. Hay muchos casos de progreso ético, desde la abolición de la esclavitud, al establecimiento de sistemas democráticos, que son el nervio de nuestra esperanza. El libro de primeros auxilios donde deberíamos buscar la salvación. Entre ellos destaca por su claridad el reconocimiento de la igualdad jurídica, política, social y económica de la mujer. Ha sido una revolución cultural que se ha impuesto pacíficamente, y eso la hace especialmente interesante para mi propósito. Tras estudiarla como un extendido fenómeno histórico —aunque, por desgracia, no universal—, se me ocurrió hacer un

zoom sobre el caso español, que tiene características muy peculiares: se inició con un gran retraso, experimentó un avance rápido –durante la República–, un retroceso –en la época franquista–, y un progreso, espero que definitivo, al llegar la democracia.<sup>17</sup> Al engolfarme en esta investigación, volví a acordarme de las mujeres del Lyceum. En ocasiones, y ésta fue una de ellas, parece que se da una rara conjunción de personalidades y de talentos que aceleran la historia. Por lo que sé, alrededor de los años veinte alcanzó su madurez la generación tal vez más brillante de mujeres españolas de toda la historia. Tenía razón María Teresa León: ellas aceleraron la hora de España. Y lo pagaron.

A su triste sino hemos añadido la injusticia de la amnesia. Las hemos olvidado antes de conocerlas del todo. Es terrible la frecuencia con que ignoramos hasta el nombre de las personas que hicieron reales los sueños que vivimos ahora. Sembraron en el viento de la historia, y el viento se las llevó.

Sus semillas germinaron en el vendaval, pero dejándonos con el alma en vilo por no saber si alguna vez conseguirían el reposo necesario para enraizar. Pero, si mi hipótesis es acertada, todo lo valioso será recuperado si la inteligencia social encuentra de nuevo su camino. El conocimiento de la historia se parece por ello a la tarea de los botánicos que buscan semillas de especies desaparecidas para hacerlas brotar de nuevo. Nietzsche, en un momento de gran lucidez, dijo que cada cual debía elegir su genealogía, es decir, qué vida del pasado va a continuar.

Recuperar la memoria es una doble muestra de inteligencia y justicia –que en el fondo son la misma cosa–. En el periodo a que me refiero, las mujeres se esforzaron en hacerse social y políticamente visibles. Fueron años de exaltación y esperanzas, en que se comenzó a desmontar la

«mitología femenina» acuñada por el sistema patriarcal apuntalado por el sistema religioso. Era una mitología contradictoria en apariencia, que glorificaba y a la vez despreciaba a la mujer. Se trataba, por supuesto, de una glorificación envenenada, de un elogio mortal, porque defendía que la mujer era intelectualmente inferior al hombre, pero espiritualmente superior por la maternidad y por su función educativa, y que esto era lo importante. Ambas cosas, su miseria y su grandeza, su minusvalía y su plusvalía, la recluían en el hogar, donde debía estar bajo la tutela del padre, de los hermanos o del marido, a salvo de la podredumbre del mundo. En 1921, Carmen de Burgos, «Colombine», una tenaz agitadora social, escribió una novelita titulada *El artículo 438*.<sup>18</sup> Colombine fue una de las primeras feministas españolas y la primera corresponsal de guerra, amante durante veinte años de Ramón Gómez de la Serna, que la describía así:

Carmen es bella, con la recia y apretada belleza que se sostiene en la madurez. Es recia y alta, muy alta, y eso salva y acaba de hacer indiscutible su figura. Ella se emboza en su altura y eso hace que le caigan bien todas las proporciones. Su opulencia está tan llena de espíritu y de buena voluntad cotidiana, que eso la aligera.<sup>19</sup>

Esta historia de amor terminó mal, porque Ramón acabó teniendo relaciones amorosas con la hija de su amante, al parecer casi tan breves como una greguería, pero lo suficientemente largas como para decepcionar a Colombine. Volviendo a la novela, el artículo 438 del Código Penal de 1870, que daba pie a un drama de injusticias y costumbres, decía así:

El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matase en el acto a ésta o al adúltero o les causara alguna de las lesiones graves, será castigado con destierro. Si les causara daños de segunda clase, quedará libre de pena.

El destierro era a una distancia mínima de veinticinco kilómetros y durante un periodo que podía variar de seis meses y un día a seis años. En cambio, los crímenes pasionales que producían la muerte del marido se consideraban parricidio y estaban penados con cadena perpetua. La mujer podía ir a la cárcel si cometía adulterio, pero la infidelidad de un marido no era adulterio, a no ser que llevara a su concubina al hogar conyugal o produjera escándalo público. El artículo 438 desapareció de la legislación tras la aprobación del Código Penal de 1932, aunque al finalizar la guerra civil, cuando se derogó el Código republicano y se volvió al Código de 1870, se recuperó el «uxoricidio por honor». La discriminación legal era tremenda. La mujer podía ir a la cárcel si desobedecía o insultaba de palabra a su esposo. Éste es el ambiente jurídico en que se fraguaron los movimientos feministas. El Código Civil de 1889 colocaba a la mujer casada en una situación insostenible, denunciada en la *Cartas a las mujeres de España* de Gregorio Martínez Sierra: «Las leyes reconocen que la mujer es igual al hombre cuando se trata de deberes y castigos. Cuando se trata de derechos, no. Una mujer, si roba, va a la cárcel; si mata, al patíbulo; si posee una propiedad o abre una tienda, paga contribución; pero si está casada, el marido administra su propiedad, decide el lugar de residencia, ejerce con autoridad indiscutida la Patria Potestad, es decir, el dominio sobre los hijos. Esto sería lógico si, en el caso de que la mujer cometiese un crimen, el marido fuese a la horca por ella, ¿no les parece a ustedes?»<sup>20</sup>

Todos los movimientos sociales responden a una necesidad sentida por mucha gente, pero esta necesidad común resulta estéril si no cristaliza en alguna forma de organización que unifique energías dispersas. En el caso del movimiento por la igualdad de la mujer, esa función la cumplieron en España muchas organizaciones de distintas procedencias ideológicas.<sup>21</sup> Todas tenían que luchar contra prejuicios de añejas y resistentes raíces. Ya se sabe que el prejuicio es el error que se convierte en costumbre. La historia de la misoginia está nutrida de disparates. En 1786, la muy ilustrada y progresista Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País había organizado un debate sobre la conveniencia de que las mujeres estuviesen presentes en las instituciones públicas. Cabarrús expuso una opinión muy extendida, aún vigente en la época que estoy contando: «Las mujeres no pueden ejercer ninguna influencia sobre el gobierno, sino sobre el carácter y las costumbres de una nación. No deben tomar parte en la administración pública. Sólo de un modo indirecto pueden influir sobre los gobiernos. Ellas forman, para la patria, ciudadanos virtuosos. La naturaleza ha distribuido los papeles con sabiduría e igualdad. Dejados a nosotros las inquietudes y las fatigas del exterior; reinad dulcemente en el interior de los hogares.»<sup>22</sup> Siglo y medio después, hay un nuevo debate sobre la condición intelectual de la mujer. Un médico respetado, Novoa Santos, reconocía que hay mujeres excepcionales por su inteligencia, pero que representan «algo monstruoso, poseedor de caracteres secundarios de tipo masculino».<sup>23</sup> Las cosas, en vez de mejorar, habían ido a peor.

Las actitudes misóginas han tenido una larga historia en todo el mundo. En 1900, el *New York Medical Journal* afirmaba que las mujeres universitarias y las que ostentaban



algún cargo político estaban «poseídas por ideas masculinas de independencia, eran antisociales, pervertidas sexuales y, consecuentemente, unas degeneradas». En 1903, se publicó en España la traducción del libro del neuropatólogo de Leipzig Paul Julius Moebius titulado *La inferioridad mental de la mujer*. Por razones que no acierto a comprender, fue traducido al castellano por Colombine, una de las primeras feministas de nuestro país.<sup>24</sup>

Entre todos los movimientos feministas, las conspiradoras del Lyceum resultan un grupo muy atractivo, formado por mujeres brillantes y rompedoras que, además, vivieron una especie de parábola histórica. Procedentes de ambientes ideológicos muy diversos, se reunieron durante años en un ambiente de concordia que se mantiene a pesar de que la sociedad española se enfrenta, y acaban dispersándose con la llegada de la guerra. Creen que la educación y la cultura pueden resolver los conflictos sociales. Son historias que se unen y se separan. Hilos vitales de procedencia dispersa que se cruzan para tejer un efímero tapiz y se vuelven a separar impulsados por las circunstancias. ¿Quiénes eran, de dónde venían, por qué se unieron, por qué se separaron, qué fue de ellas? Tal vez con los resultados de este estudio valiera la pena escribir un libro que recuperara nombres injustamente olvidados. Como he dicho muchas veces, la mejor manera de enterarse de un asunto no es leer un libro, sino escribirlo.

Tenía una noticia más del Lyceum: la divertida anécdota que Rafael Alberti cuenta en *La arboleda perdida*. La junta directiva del club le invitó a dar una conferencia en el mismo. El día anunciado, el poeta se presentó en el salón con una paloma enjaulada en la mano, un galápago en la otra, y vestido con una levita inmensa, desproporcionada, pantalón de fuelle, cuello ancho de pajarita y un pe-

queñísimo sombrero hongo en la punta de la cabeza. La conferencia fue al principio una muestra de humor absurdo. Recitó un poema titulado «La estulticia», en la vena ríspida cultivada a ratos por el poeta, y que sin duda no era digno de figurar en las *Mil mejores poesías* de ninguna lengua:

Yo digo: ¡Viva la estulticia!  
Yo, en mi anhelo de conocer  
hombres y libros, llegué a ver  
que el saber todo lo desquicia.  
Ni aun hallaréis vuestra leticia  
en el amor de la mujer,  
cenizas hoy, brasas ayer.  
Yo digo: ¡Viva la estulticia!

Los asistentes se rieron, pero Alberti, tal vez animado por las risas, se dedicó a criticar a conocidos escritores –Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Ortega, D’Ors, Martínez Sierra, Valle-Inclán–, lo que produjo la indignación de muchas de las espectadoras (entre las que se encontraban las mujeres de algunos de los mencionados), y el aplauso de algunas vanguardistas, como Ernestina de Champourcin, Concha Méndez –amante sufridora de Luis Buñuel– y Maruja Mallo.<sup>25</sup>

En resumen: el olvidado Lyceum continúa pareciéndome un interesante caso para investigar, por su densidad histórica, por sus fines, por la cantidad de personajes conocidos que tuvieron relación con él y relación entre ellos, porque casi todo el mundo de la intelectualidad del momento pasó por allí, por su diversidad, por su delimitación en el tiempo, y también, y no en último lugar, por cómo Carmen Martín Gaité me había hablado de él. Funcionó

durante diez años cruciales en la historia de España: desde 1926 a 1936. Es decir, conoció el momento triunfante de la dictadura de Primo de Rivera, su fracaso, el advenimiento de la República, sus avatares y el comienzo de la guerra civil. Razones suficientes para despertar mi interés histórico, social y narrativo. Además, puede servirme de ejemplo para el estudio de los mecanismos de la inteligencia social y de cómo resolvió un problema concreto: la situación de la mujer española. Mi único problema es que sé muy poco sobre esas mujeres. Por eso, llamo a María Teresa, una de las colaboradoras de la agencia y le hago un encargo: «Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre esa conspiración de lectoras.» No le doy más explicaciones, porque no me gusta que mis ayudantes se apresten a encontrar lo que me gustaría que encontrasen. Mi viejo amigo Freud me previno contra ello: «Las personas», dijo, «están tan deseosas de complacer, que mis pacientes tienen sueños freudianos, y los pacientes de Jung, sueños jungnianos.» La maquinaria investigadora se pone en marcha sin tener un rumbo claro, y los resultados han sido todavía más interesantes de lo que esperaba.